

Peña La Cruz casamentera

A ti, imponente y bella atalaya, a donde los bezanos vamos en incesante romería. Desde donde se divisan las imponentes moles del Javalambre, cerro Jabalón; nuestra vecina Sierra Carbonera, el altivo San Ginés, la blanca y bella Palomera; nuestra ciudad, el altiplano del Jiloca. Albores del alma que cautivan y hacen soñar con un despertar que ya está tardando.

No has estado jamás sola, que ya fuiste cuna y estancia de aquellos antepasados que te habitaron, y formaste bastión inexpugnable de esa maravillosa ruta: Tormón, Ligros, Las Tajadas y Albarracín. Como fortín inexpugnable también, en nuestra triste historia contemporánea, de la que aún conservas cicatrices; y otros te dejaron, hace unos años, unos amantes de la naturaleza, a tus pies, a su santo, en pedestal desgajado de tu roca, colocándote en memoria bajo su advocación; y hasta el fulgor de oro y la plata descubrieron en tu cima, al albur de quien, curioso, impelido por el rumor o en susurro del que se va, llegó al pie mismo de tu cruz, para despojarte del tesoro que era tuyo, y que bien pudo haber servido de arras en estos acontecimientos que te iban a llegar. Porque no me dirás, querida Peña de la Cruz, bucólico nombre en mente, y en palabra de todos los bezanos, y en quienes te visitan y ya no te podrán olvidar, que esperabas este acontecimiento bellísimo, digno del mayor de los elogios, y al que alguien tildará de extravagante y al que yo le doy mi más cariñosa bienvenida.

Porque no es corriente, no lo ha sido, y quién sabe si se repetirá, que una pareja llena de amor y ataviada para el amor, ascienda tu escalinata, a los acordes que allí se oyen de la naturaleza viva, de mil pajarillos de mil colores, los murmullos y silencios comprensivos del santo, que te guarda ahí a tus pies. Aires puros presagio de vida, que ponen púrpura en el rostro de una novia ilusionada; pareja feliz que desde tu cima se siente, en su idea y protagonismo, dueña del día, de los espacios. Quién sabe si en esos momentos, no serían ellos quienes a mayor altura se estuvieran dando el sí.

Bien por los novios, por Alejandro, alcalde de Bezas; por Primitivo, juez de paz que los casó, algo atribulado por semejante primer protagonismo. Bien por la comitiva, por los pajarillos que ya de camino al altar les felicitaron.

Bien por los incrédulos habitantes de Bezas, con lágrimas de

emoción en los ojos, por una boda llegada después de tantísimos años, y en su querida Peña de la Cruz, ahí es nada.

Vaya mi particular enhorabuena. Que la vida os colme de felicidad. Y a vuestros chiquitines, traerlos a este bello pueblo de Bezas, subirlos a Peña de la Cruz, contarles lo que sentíais ese día 14 de julio de 2001, y que en vosotros no se apague la luz de la ilusión.

¡Ah!, y que cunda el ejemplo.

Publicado en el Diario de Teruel, el 27 de Julio de 2.001

NOTA DEL AUTOR: El santo de que se habla en este artículo, era un San Francisco, que por este año fecha del artículo, o anterior, algún desalmado, simple gamberro, caprichoso coleccionista, arrancó de cuajo de su pedestal y se lo llevó. Una pena, pues no hacía mal a nadie.